

*metamorfosis*, *El fogonero* o *La condena*, dedicada esta última por ejemplo precisamente a Felice Bauer. Sus palabras son aquí la confesión sincera de unos pensamientos llenos de intensidad y atractivo, alejados del enmascaramiento literario. La predilección de Kafka para exponer su sinceridad en cartas amorosas es conocida, y tendrá un símil apenas un par de años después en las cartas dirigidas a Milena Jesenká. Aunque las *Cartas a Milena* y las *Cartas a Felice* son difícilmente comparables, sí que podría trazarse un vínculo común a partir de la intensidad y la claridad con la que en ambos epistolarios, desde la más profunda de las confidencias, el propio Kafka deja pistas de sus intenciones literarias. A favor de las *Cartas a Felice* habla sin embargo el estado casi en bruto de estas primeras reflexiones epistolares. Por ello, especialmente aquellas escritas en los dos primeros años, menos pensadas, más extensas y con una mayor implicación del autor justifican la dedicación intensa con este intercambio epistolar, una vez más. Es por este motivo por lo que, aun lamentando alguna carencia, esta reedición de Nórdica Libros no puede ser mejor recibida.

Alfonso LOMBANA SÁNCHEZ

LAFORGUE, Jules: *Obra poética*. Edición bilingüe y traducción de Juan Bravo Castillo. Cátedra: Madrid 2013. Col. Letras Universales 466. 491 pp.

El destino de la filología es, entre otros muchos, el de hacer justicia a los poetas olvidados. Exigencia que va más allá de la comodidad del orden alfabético y la mil y una veces repetida cronología pendular de los manuales, exigencia que presupone lo que la propia palabra filología designa: pasión por la palabra. Ejercer su oficio de filólogo, en toda la extensión del término, es lo que se ha propuesto Juan Bravo Castillo al editar y traducir la *Obra poética* de Jules Laforgue a nuestra lengua.

El libro comienza con una introducción –imprescindible si se quiere comprender el proceso de creación y la dimensión de la originalidad de la obra del poeta francés– dividida en dos partes que van de lo abstracto a lo concreto. En primer lugar, Bravo Castillo afirma la existencia de un mito de lo decadente en la literatura francesa, que, como todo mito que se precie, es en su esencia falso, legendario y repetido. Jamás se tuvo noticia alguna sobre una *Escuela Decadente*. La decadencia, lo decadente, era una actitud estética que tenía su origen en un elogio lingüístico del latín de los poetas latinos de las postrimerías del Imperio Romano, en contraposición con el latín de los clásicos. Todo elogio ha sido y será siempre en literatura un espejo en el que mirarse. Y qué mejor momento y lugar para verse reflejado en los poetas decadentes latinos, que el final del siglo XIX francés, en el que ya había sido escrito todo (baste mencionar a Víctor Hugo, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud o la coetaneidad de Mallarmé), en el que la civilización prescindía de la figura del poeta y la sustituía por el científico, por el ingeniero o por el sociólogo que condenaba la literatura al determinismo social, a no poder ser otra cosa que el propio fruto de su tiempo, que, para colmo, seguía dando hermosísimos y oscuros frutos para la literatura universal como *Las flores del mal*.

En segundo lugar, Bravo Castillo aporta, tanto para el lector primerizo como para el erudito, un ensayo y una cronología rigurosos y entretenidísimos (aspecto del que parecen olvidarse muchos filólogos en el ejercicio de su profesión) en los que se comprende la relación que existe entre la vida y la obra de nuestro malogrado poeta, fallecido a los pocos días de haber cumplido 28 años. En ellos se asiste a la evolución estética de Laforgue, que parte de la filosofía oriental, pasa por la formalidad estética del epígono y llega a convertirse en el verdadero fundador del verso libre. La lectura de los poemas se disfruta muchísimo más, una vez que conocemos el trasfondo del que surgieron, una vez que comprendemos la angustia

existencial de la pérdida materna, la infinita nostalgia del niño que partió de Uruguay para llegar a Francia, los días en los que nuestro autor sólo se alimentaba de un huevo y un vaso de agua, la época en que vivió holgadamente como lector de la emperatriz Augusta en Alemania, fumando cigarrillos rubios y traduciendo a Pushkin, el viaje a Dinamarca para ver una obra de Shakespeare, el enamoramiento, el ansia de libertad, el matrimonio, el regreso a Francia, la muerte...

Tras la introducción, el lector tiene a su disposición la totalidad de la obra poética laforguiana, lo que demuestra cierta atención y honestidad con él desde el título del libro, ya que nuestro joven autor también cultivó la prosa, en formato bilingüe: *El sollozo de la tierra*, *Los Lamentos*, *La imitación de Nuestra Señora la Luna*, *Flores de buena voluntad* y *Últimos versos*.

Traducir literatura, en especial traducir poesía si se me permite el oximoron, es siempre una tarea complejísima, ardua y, por lo general, poco reconocida. Requiere un gran conocimiento de los ritmos y el sonido de la lengua extranjera y de la propia. Asimismo, si se quiere llevar a cabo con rigor, requiere un alto nivel de sensibilidad lingüística para advertir, no sólo los fenómenos retóricos o idiomáticos propiamente dichos, sino la búsqueda expresiva en los poemas de cada autor, qué es lo que hace que el poeta escoja determinadas palabras, la preferencia por determinadas imágenes, sus lecturas, su predisposición a utilizar uno u otro tipo de estrofa. Donde el poeta ve una solución a su expresión, el traductor se enfrenta siempre ante un problema, pues tiene que volver a escoger, recomponer el poema. Lo que una determinada rima o ritmo lleva a escribir en una lengua, no es lo mismo que hubiera sugerido en la que se traduce. En el caso que nos ocupa, la traducción que Bravo Castillo hace de los poemas de Laforgue, pese a que adolece en ocasiones de una cierta falta de ritmo y criterio en la elección de las rimas en pos de una mayor literalidad del mensaje, es una traducción sonora que guarda similitud con el espíritu del original, pues el traductor conoce a fondo la personalidad del poeta, su trayectoria vital y lo recrea de una manera fidedigna, que no es poco.

Dicho sea de paso, más allá del ritmo y de las figuras retóricas, traducir a un poeta como Jules Laforgue es prácticamente imposible y el esfuerzo de Bravo Castillo es muy encomiable, entre otros motivos, porque el autor es uno de los mejores y más originalísimos *neologistas* –si se me permite acuñar este nuevo término– de la literatura universal. Buena muestra de ello son algunos de los siguientes términos que podemos encontrar en los poemas: *elixirar*, *crepusculastro*, *Angelusa*, *exilescente*, *Eternulidad*... Se advierte, no obstante, cierta predilección y gusto del traductor por algunos poemas que se detiene a explicar con profusión de detalles en las notas al pie de página como es el caso de «Preludios Autobiográficos» del libro *Lamentos*, o el poema que inicia *La imitación de Nuestra Señora la Luna*, «Para empezar una palabra al sol».

La originalidad y la vigencia de la obra de Jules Laforgue está fuera de toda duda más de un siglo después de su desaparición. Las sociedades occidentales siguen denostando la cultura, relegándola a mero objeto ornamental o entretenimiento masivo, reduciéndola a cifras y rentabilidad. Poemas como «Recogimiento nocturno» o «Una noche en la que se oía un perro perdido» bien podrían haber sido escritos por un poeta del siglo XXI en cualquiera de las llamadas lenguas modernas. Es un lujo que haya aparecido finalmente en nuestra lengua una compilación de toda su obra poética, hasta entonces fragmentada en diferentes ediciones. Se ha hecho justicia.

Fernando PALACIOS LEÓN

LESSING, Gotthold Ephraim: *Miss Sara Sampson*. Edición y traducción de Santiago Sanjurjo Díaz. Escolar y Mayo: Madrid 2014. 156 pp.

De la misma manera en que Jorge Luis Borges brindara una oda “al idioma alemán”, que